

Olga Lidia Pérez Rodríguez

Poemas*

del libro *Con diez pinceles*, 2006

CON TU MIRADA

Si nunca has visto las lagartijas
mostrar la lengua por las rendijas,
ni has contemplado cuatro ciempiés
con varios zapatos al revés,
ni has disfrutado los tomeguines
que vuelan vestidos de delfines,
¿qué haces, entonces, con tu mirada
si no te sirve para ver nada?

Olga Lidia Pérez Rodríguez

Poemas

del libro *Cuentan que fue un jardinero*, 2008

LOS BARBEROS

Un barbero como Baldo,
pela así,
pela así:
chiquitiquitris tisquispis,
chiquitiquitris tisquispis,
con la tijera amolada,
la cabeza algo mojada
y un espejo en la nariz.

.....Pero cuando Liobe pela
.....la navaja,
.....la navaja
.....es quien corta suavemente
.....zacasachás zajascás
.....zacasachás zajascás,
.....mientras que un peine sin
dientes
.....te sonrío amablemente.

Mas, si se trata de Alfredo,
el sillón,
el sillón
girará por diversión
ñingüiñingüiñín ñuinñuín
ñingüiñingüiñín ñuinñuín,
hasta que bravas, las cejas
le tiran de las orejas.

.....Y es fama que a este lugar,
.....vienen solas las cabezas
.....para dejarse pelar.

Olga Lidia Pérez Rodríguez

Poemas

EL JARDINERO

Las calles todas de flores,
los tejados, las ventanas
van repletas las mañanas
de aromas multicolores.
Brotan como surtidores
desde cualquier agujero.
¿Quién ha puesto tanto esmero?
¿Quién tanta belleza prende?
¿Algún mago, genio o duende?
Cuentan que fue un jardinero.
¿Quién pudo sembrar un sueño?
¿Quién esa luz, ese encanto?
¿Quién hizo crecer el canto
en el leño?
¿Quién desgranó tanto empeño?
¿Quién fue abono y aguacero?
¿Quién contuvo el mal agüero?
¿Quién tornó feliz lo aciago?
¿Algún duende, genio o mago?
Cuentan que fue un jardinero.

Olga Lidia Pérez Rodríguez

Poemas

del libro inédito *El riego de la luz*
ESTRICTAMENTE AMOR

Iván era un muchacho organizado y yo lo amé.
Supo archivar cronológicamente el desorden atroz de las tareas del alma;
enumeró mis memorias y esos residuos que fueron quedando de los sueños,
y que en la soledad
son mi refugio contra la quietud del desamparo.
Iván desempolvó todas mis huellas y las sembró,
una tras otra, en los jardines del vecindario
para que cada quien probara el olor de mi existencia,
para que no me quedara reducida a mi nombre o a un golpe de rutina.
Iván distribuyó sus días por mi cuerpo,
a cada espacio de mi piel asignó un código elegido por sus astros
y luego descifró los signos
porque al amor, pensaba, hay que leerlo partícula a partícula
como si fueras a ordenar la brevedad del tiempo
o a descubrir definitivamente el uso de la fe.
Iván inventó el mapa de mi sexo y podía dibujarlo en cualquier estación del año
sin perder la ruta definitiva
u olvidar la más insignificante coordenada
porque a la luz, pensaba, hay que trazarle los caminos
para que anide en el poniente.
Iván era un muchacho que anotó en la bitácora cada sacudida del oleaje,
cada estremecimiento de las velas,
cada crujió ante el empuje del viento en el océano
para dejar constancia de nuestra expedición a la raíz del universo;
era un muchacho que soñó con trazar los vórtices del ansia,
con mantener en orden los extraños derroteros del amanecer
para evitarnos, creo, el extravío,
pero Iván nunca pudo entender las explosiones inusitadas del corazón,
sus desafueros o las catástrofes
y tras ellos huí
casi con nada,
buscando otra verdad para seguir amándolo desesperadamente desde el
recuerdo.

Olga Lidia Pérez Rodríguez

Poemas

A TRASLUZ

.
Cuando entré sin disfraz al baile de máscaras,
nadie me reconoció;
recorrí el salón desnuda, casi transparente,
pero pasé inadvertida;
hablé con palabras que estremecen las piedras elementales
mas los oídos habían tapiado sus accesos;
arranqué las caretas más cercanas,
pero los rostros se disolvieron en la muchedumbre.
Intenté huir,
y ya en el umbral,
alguien puso un antifaz en mis manos.

Olga Lidia Pérez Rodríguez

Poemas

TARDE QUE MARCA LA EXACTITUD DEL TIEMPO

*ante una foto
de Manuel Ruiz Toribio*

Por las barricadas ardientes y humeantes,
yo festejé el tiempo de nosotros,
para poder mirarnos con el amor repleto
para rodar hasta este lente que nos detuvo y nos creció;
festejé la mirada aguardándome a mediados de año
con la memoria a horcajadas sobre los sueños,
tan nuestros como esta tarde en que festejo la eternidad contigo,
contigo a lo ancho de mi pasión ilesa,
por las ciudades pobladas de ti,
por las montañas húmedas de ti,
por las plazas repletas de ti,
por ti y contigo
desesperadamente,
en el volcán más tierno de tu cuerpo,
en cada huella recóndita,
en las grietas desnudas de tu carne
festejo tu existencia,
todo fértil relámpago y el mundo

Olga Lidia Pérez Rodríguez

Poemas

EL RIESGO DE LA LUZ

“Qué prueba puedo dar de mi mortalidad”
[Reina María Rodríguez]

La ventana —me dijo— es una trampa.
Uno puede creer que es la frontera entre la soledad y el mundo,
esa infinita dimensión para quedarnos en nosotros,
estáticamente en nosotros,
o la tibia funda donde resguardarnos del paso ajeno;
uno puede pensar que es un retrato,
quizás la sospechosa tentación a los olvidos,
asociarla al concepto más cruel que deambule en torno a la raíz y nos desgarre,
al sobrevuelo de todas las miserias, las culpas;
uno puede leerla como el libro donde la eternidad acepta sus orillas,
sus quejas de infeliz extensión del tiempo y el espacio,
las innumbrables páginas del ser,
cualquier boceto excepcional.
Todos podemos postrarnos a su vera a esperar nuestras limosnas cotidianas,
pero cada quien verá su propio e irrepetible paisaje,
su indivisa y abstracta dimensión,
su frágil encuentro con la génesis.
Esta ventana —dijo— ha sido mi trayecto.
Cuando niño la dibujé en el lomo y el pescuezo de mi caballo
para que sus sueños pudieran asomarse
y me lo agradeció como si le hubiese salvado la existencia.
Cuando crecí la llevé en los bolsillos
por si mis pasos torcía tras el infortunio de las sombras,
poder restituirles su identidad.
Porque te amé —me dijo— te la tatué en los párpados
para salvarte de la mansedumbre y la aridez del alma.
La ventana fue siempre este camino interminable hasta encontrarte,

este sendero sin retorno
que ahora transito hacia el vacío
donde me lanzo sin una pizca de temor
hasta tomar tu luz.

*Poemas publicados en AlasCuba, espacio coordinado por el poeta Jorge Bousoño González